

NICOLAS GUILLEN: 60 AÑOS Y MAS

por DIEGO MIRAN

Una inmensa sonrisa, el cabello blanco levemente ondulado, la piel café en que los ojillos tersos y vivaces simulan una llama encendida, y la voz, sobre todo la voz, pastosa, melódica, pura, que canta: Nicolás Guillén. Cuando la lengua americana ensayaba salir del río de Darío, presa en el remolino de la poesía del ya academizado modernismo —es decir, cuando Vallejo removía el humus trágico, Neruda llovía como un sueño, Borges describía sus memorias suburbanas y Bandeira hacía la síntesis de todo lo visto y oído—, en el Caribe un joven mulato nacido en 1902, en La Habana, buscaba en los sonos populares el ápice en el cual el español se unía con la música. Y ese era Nicolás Guillén, el de la gran sonrisa, el de la gran voz, que habría de llegar a ser el modelador del "son entero", son negro y blanco de América.



Nicolás Guillén trabajó con el recuerdo de los ritmos de su sangre, con las acompasadas palpitaciones del tam-tam de la danza ritual, pero sin olvidar que escribía —que cantaba— en un idioma viejo, colmado de tradición, tal vez consumado como obra de un pueblo y su peripecia. A esa heredad se acogió. No hilvanó lo uno con lo otro sin más, proclamándose hijo de las dos razas. El documento de su origen literario no está suscrito por él ni por nadie. Está en su obra: "Songoro Cosongo",

"El son entero", "Paloma de vuelo popular", al modo de una invención americana. Las naciones y sus conductores hacen la historia, pero los artistas trazan el rostro, la figura, la entidad, en fin, de las nacionalidades. Cuando este perfil está terminado, gracias a la realización cultural, es cuando se puede hablar de un país como realidad diferenciada y real. Guillén solo, o casi solo hizo Cuba, hizo el Caribe literario, universal.

Acaba de cumplir 60 años, pero no es un solemne anciano —como aquella imagen que tantos cronistas nos han proporcionado de Víctor Hugo, por ejemplo, sentado en su trono absoluto, recibiendo la devota admiración de Francia— sino un activo, gracioso, juvenil dispensador de cordialidad y aliento para los nuevos de su patria y para los de toda América, a la que, como matriz, ha dedicado su obra. Obra que no siempre es, como se cree, alegre cantar, sino también, muchas veces, monólogo interior. Ahí está ese desgarrado canto en que pregunta por su nombre negro, el que se oculta detrás del apellido hispano, el que bulle como un líquido hirviendo dentro de su persona civil y poética. Sin embargo, aún en esos instantes de interrogación a sí mismo, brilla en Nicolás Guillén el optimismo. Ese es su signo mayor, el que indica su destino de precursor.

Porque, al fin y al cabo, si la historia pertenece como creemos a América, si sólo ahora ingresamos en el curso de la historia, ¿qué son nuestros artistas, nuestros poetas, nuestros creadores, los que han abierto la brecha de luz en las tinieblas del caos inicial, sino anunciadores de la grandeza que nos espera? en la poesía, Vallejo, Guillén, son precursores. Son semillas en la tierra húmeda que algún día se multiplicarán boscosas y colmadas de todos los frutos que prevemos porque los necesitamos. En esos hombres, en sus palabras, está previsto el futuro. Con Guillén podemos todos los latinoamericanos decir:

Mi patria es dulce por fuera
y muy amarga por dentro . . .

Y podemos ir hacia esa nuez de hiel para verter sus resinas y convertirlas en alimento de nuestra sed de ser, de nuestra victoria. A Nicolás Guillén en los primeros 60 años de su vida, ya cano el rizado cabello, flagrantemente los ojos como dos brazas en la piel oscura, rica la voz de tierra nueva, acudimos hoy y acudirán miles de millones mañana en pos del anuncio que su palabra contiene.